

Antropofauna 1970.

MANOLO MILLARES

En la obra de Manolo Millares pueden distinguirse dos grandes épocas: la primera abarca desde el comienzo de su trabajo hasta 1955; la segunda se inicia en ese año y concluye en el de su muerte. En el trabajo que se incluye en cada uno de esos periodos hay, lógicamente, diversos cambios; pero ninguno tan fundamental como el que señala la divisoria de 1955: la utilización de la arpillera. A partir de ahí, Millares sería un pintor radicalmente distinto al que hasta entonces había sido.

La personalidad de Manolo Millares durante su etapa de aprendizaje nadie la ha formulado mejor que el mismo pintor; "Hay una personalidad que po-

dríamos llamar serena -dice-; pero existe otro tipo de personalidad, posiblemente fenómeno de nuestra época, que se puede calificar de desorbitada (...) me creo colocado en este último tipo". En esos años Millares practica simultáneamente diversos estilos artísticos de una manera abrupta y obsesiva, dando muestras de una gran capacidad de trabajo y repentinización. No es posible señalar en su obra el comienzo y el fin de una etapa. Expresionismo, surrealismo, constructivismo, marcan un desarrollo progresivo, pero ninguna de estas maneras de entender la práctica del arte se dan en él en exclusiva y de una sola vez. Su lenguaje pictórico no sigue un pro-

ceso de evolución claro; ni siquiera mantiene una coherencia interna. En fecha relativamente tardía -1953- están fechadas algunas acuarelas expresionistas, varias pictografías y diversas telas constructivistas. Millares no parece agotar nunca una forma de expresión y vuelve insistentemente sobre ella con el propósito de encontrar, finalmente, su propia forma.

Manolo Millares nació en Las Palmas de Gran Canaria, el 17 de Febrero de 1926. El padre de Manolo -Juan Millares Carlo- era Catedrático de Instituto, y desempeñaba en el de Las Palmas la Cátedra de Lengua y Literatura Españolas. Los azares de la



Pictografía canaria. 1954.

guerra civil española, lo llevaron, en 1937, a Arrecife. Las primeras inquietudes pictóricas de Manolo Millares surgieron a partir de ese año, y en aquella ciudad: "dans l'île de Lanzarote -dice Millares- où il vit en exil avec les seiens, el comence a dessiner d'apres nature". La vocación del novel pintor se vio estimulada por su padre, quien sentía una gran pasión por la pintura. Su propósito era cursar los estudios adecuados a sus aficiones; pero la falta de escuelas especializadas en la isla y la precaria situación económica de la familia lo convirtieron en un "autodidacto force", según su propia expresión.

Entre 1944 y 1945, Millares -ya de regreso en Las Palmas- vivió algunas de sus experiencias más decisivas. La primera de ellas fue su contacto con la cultura aborígen insular: sus visitas frecuentes a El Museo Canario (donde se coleccionan las escasas supervivencias de aquella cultura) le familiarizaron con unas formas artísticas, o simplemente funcionales, que habían de influir poderosamente en su obra futura. Otra de las

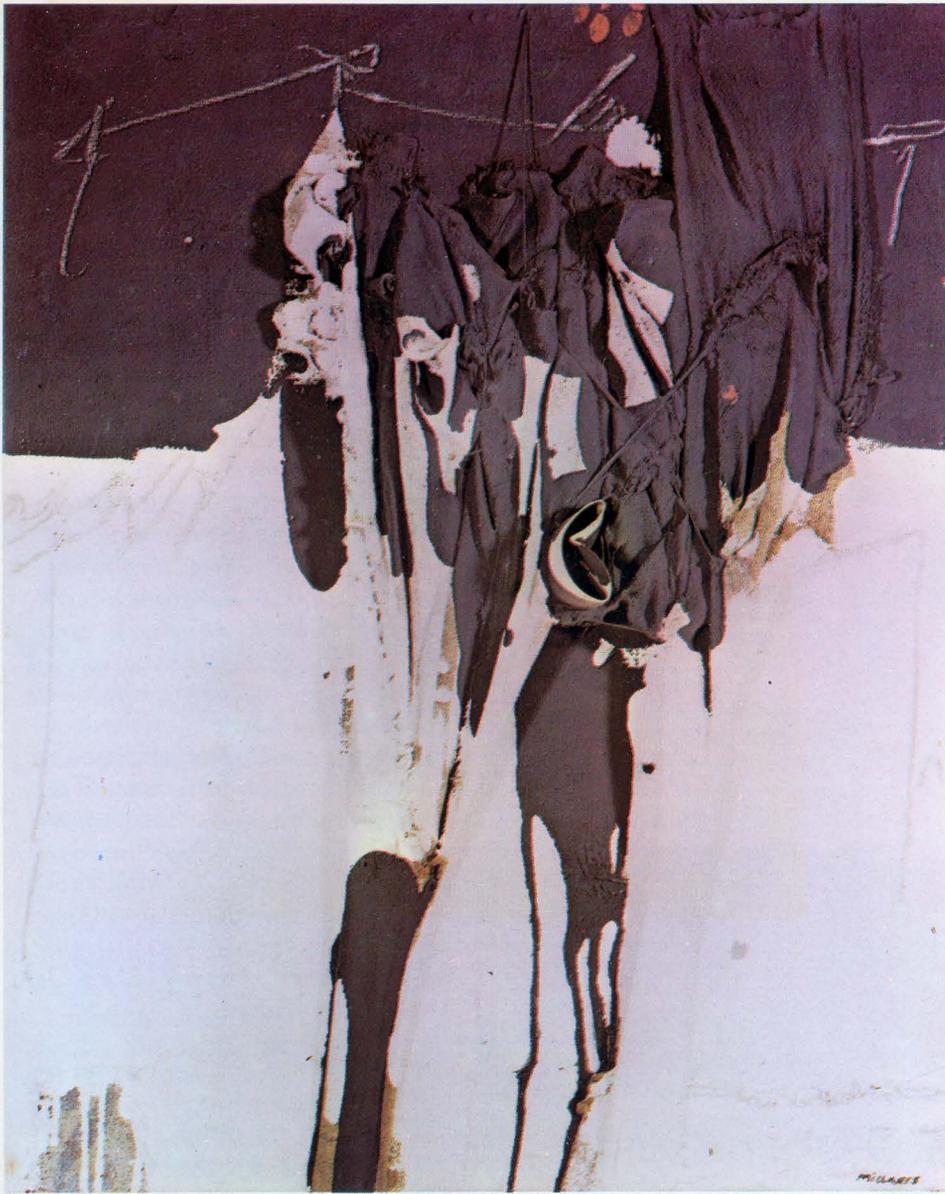
experiencias a que nos referimos la constituyó su amistad con Felo Monzón. El trato cotidiano con este pintor (ambos vivían en casas vecinas, cercanas a la Playa de las Canteras) significó el hallazgo de un auténtico maestro con el que

Galería de la mina. 1965. Museo de Arte Abstracto. Cuenca.



pudo aprender los rudimentos de su oficio. La obra de Monzón, y singularmente el carácter experimental de sus ideas estéticas, ejercieron una gran influencia sobre el joven Millares, induciéndole a una búsqueda constante e inconforme de nuevas fórmulas expresivas. De ese mismo periodo data su amistad con otros artistas canarios, Plácido Fleitas (1915-1972), Juan Ismael, etc. pertenecientes, como el mismo Monzón, a la Escuela de Luján Pérez. Millares encontró en estos artistas un decidido apoyo y aliento, lo que sin duda le ayudó a aplicarse con fervor y constancia poco usuales a su trabajo. Los primeros resultados de éste pudieron estimarse en las exposiciones individuales que organizó en 1945, 1947 y 1948 en el Círculo Mercantil, Gabinete Literario y El Museo Canario, respectivamente, todas ellas en Las Palmas.

Dichas exposiciones estuvieron integradas por acuarelas; su motivo era el paisaje de Lanzarote, Gran Canaria y Tenerife, con alguna estampa del Puerto de la Luz. Estas obras, aunque ortodoxas en su concepción, no reflejan fotográficamente el modelo; me-



Homúnculo. 1969.

dante trazos rápidos y largos se insinúa, perfectamente reconocible, la realidad; se valora el blanco del soporte, y los colores, sin ser estridentes, están fuertemente marcados. Una intención expresionista preside la ejecución de estas obras, especialmente las realizadas a partir de 1948. Manolo siempre tuvo escasa simpatía por sus producciones como acuarelista de paisaje y procuró destruirlas con persistente empeño.

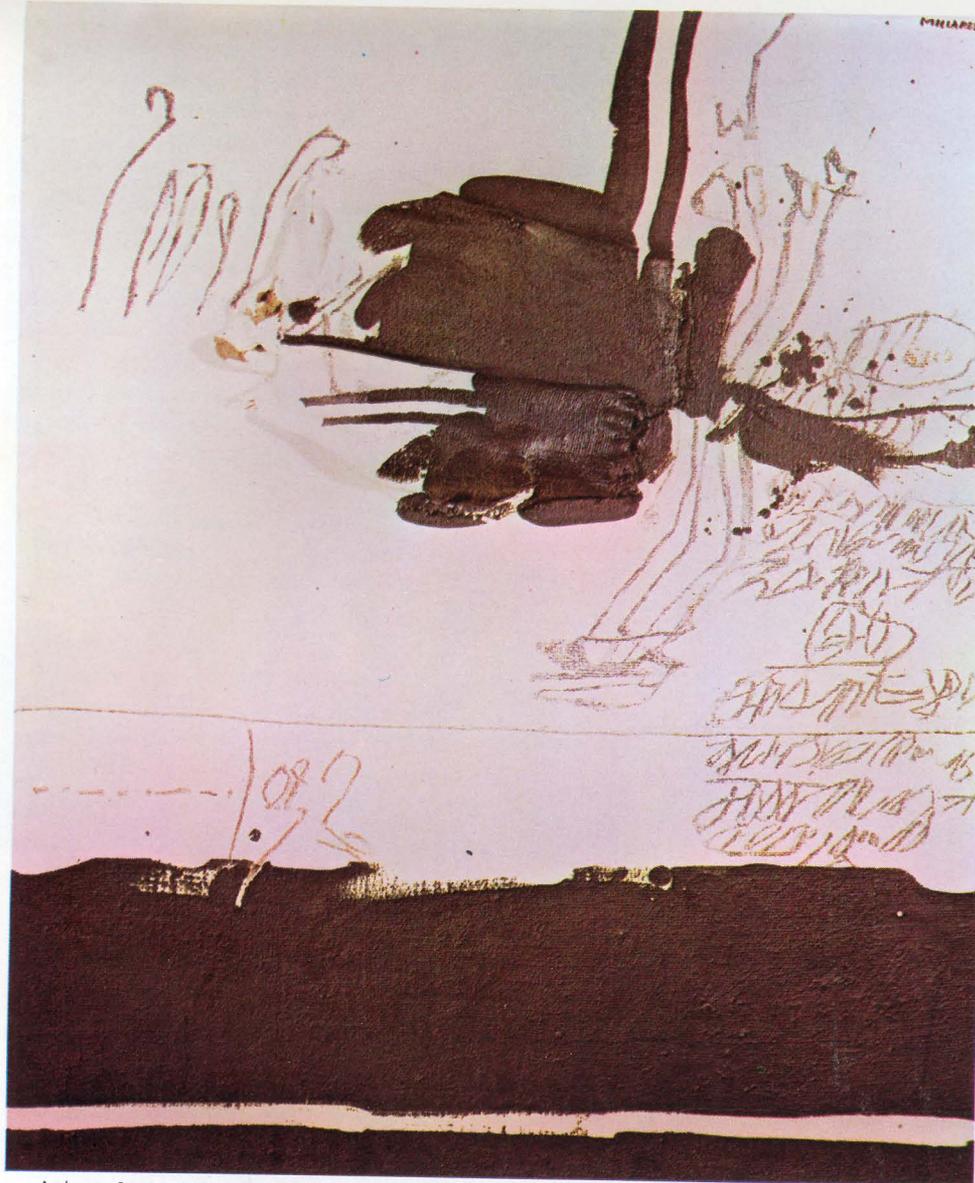
Paralelamente a ese trabajo expuesto, Millares realiza múltiples experiencias con las más diversas técnicas y estilos. El artista lo prueba todo. Su facilidad para la asimilación es grande; mucha parte de los lienzos que pinta antes de 1953 detectan influencias tan dispa-

res como las de Van Gogh o Zabaleta. El mundo que representa es con preferencia el campesino: hombres y animales hieráticos cuya inmovilidad contrasta con la gracia y agilidad de algunas acuarelas de tema aborígen, realizadas a base de un dibujo muy esquemático sobre fondos abstractos de color. Es probable que la experiencia más interesante ocurrida a Millares en los años a que me refiero sea la lectura del manifiesto del surrealismo, y la consiguiente práctica del arte allí propugnado.

Las obras más trascendentes de las producidas por Millares en esta primera etapa de su trabajo son las pictografías canarias, resultado de su interés por el surrealismo y por el mundo de la arqueología.

Dichas obras tienen como elemento básico de composición los dibujos geométricos de los aborígenes de Gran Canaria, y los signos ruprestres del Barranco de Balos (G. G.). Los dibujos primitivos se conservan en unas "pintaderas" (especie de sellos en barro) y son de una simpleza extrema; triángulos y ángulos agudos dispuestos en formas diversas. Millares los desarrolla y complica, incluyendo también otros signos no existentes ni en las "pintaderas" ni en Balos, y que se conecta con algunos aspectos del arte africano. Las pinturas de esta serie, que incluye óleos, acuarelas, encaústicas, etc. tienen un color muy vivo y contrastado; rojo, negro, verde, azul, blanco; y el grafismo, a pesar de su antecedente autóctono, insular, no puede dejar de recordarnos a Miró.

En 1955, bajo la directa sugestión de Burri, Millares emplea por vez primera la arpillera como elemento esencial de su obra. Hasta 1958 ó 59, su trabajo en el saco tuvo como objetivo elevar a una categoría estética el material pobre y al parecer sin posibilidades expresivas. Millares "compone" la arpillera, utilizando incluso distinta calidades de telas, la quema, produciendo una perforación con claros propósitos espaciales y, finalmente, la pinta, utilizando una gama de colores reducidas: blanco, negro, rojo, humo, etc. El resultado configura una obra perfectamente armónica, abstracta en su planteamiento, y sin ninguna significación al margen de sus propias implicaciones plásticas. Es a partir de la última fecha aludida cuando Millares utiliza la arpillera en un sentido totalmente nuevo, separándose del modelo burriano. La abstracción es entonces sustituida por un reconocible figurativismo, más concreto a medida que evoluciona; la obra adquiere, incluso por los materiales que incorpora a ella, un específico simbolismo (la gorra de un guerrillero, la alpargata de un campesino, etc.) de matiz so-



Antropofauna 1971.

a Millares con el más rabioso presente, el pintor no dejó nunca de sentir la atracción del pasado; sus incursiones arqueológicas -reales y mentales- se hicieron muy frecuentes en los últimos años de su vida; en esos viajes imaginarios el pintor iba desenterrando signos, grafittis de una vieja civilización; vieja, pero no tanto que sus efectos no perduren aún. Sus últimas arpilleras están llenas de caligrafía indescifrable; pero más especialmente significativos son los dibujos realizados entre 1969 y 1971. Ellos nos muestran al pintor en completa libertad, dejando correr la tinta por el papel sin la traba que le imponía la materia; anotando en la página blanca, a modo de sismógrafo, el temblor que le causaban sus incursiones en las viejas piedras y en los legajos inquisitoriales. Esos dibujos recogen cierto automatismo pictórico, y evidencian claramente la carga de surrealismo que siempre subyació en la obra de Millares.

L. S.

Personaje caído 1970.

cial y moral. El contenido de la obra deja de ser el resultado de un simple ejercicio esteticista, y se transforma también en un testimonio de iniquidad, miseria y opresión. El material pobre cumple su estricta función de revelarnos el detritus canallesco que rodea al hombre, y la pericia del artista, combinando hábilmente los escuetos recursos del color y de las formas extrae a ese material todas las posibilidades que encierra de expresión y presión dramáticas. El "homúnculo", los near-denthalios, esas formas de hombre esvaneciente y mutilado, que aspiran trabajosamente a alcanzar la conciencia, constituyen algunas de sus creaciones más felices.

Pese al impulso que unía

